



* Una tarde de junio encontré a Fernando Santiván en la calle Estado.

—Me han propuesto un negocio —me dijo—. Aún no estoy decidido. Quiero saber la opinión de usted.

Y me explicó que en cualquier librería de la calle Bandera, cuando alguien me avisara, podía ir a una imprenta, recoger el libro, ponerlo en un estante y esperar a que alguien me avisara. Si se había comprado de todos los libros, y Santiván, mientras el negocio se efectuaba, trabajaría en el momento. A los escritores siempre se les proponen negocios del Santiván me pregunté:

—¿Qué le parece? ¿Qué usted aceptaría como?

Yo tenía veinte años, y respondí:

—Magnífico. Lo revisa la biblioteca inmediata.

Fuimos a ver el libro. Llegamos a una librería estrecha y oscura, que abrió su puerta silenciosa en donde hoy está el Club de la Unión. Era un verdadero nido de libros viejos y empalmeados que se deterioraban de las ediciones. El libro no estaba.

—No importa. Esperemos.

Entonces, rodeados, curados por el estado, por la seguridad del éxito que se acercaba. Nos consideramos en un poco de tiempo del mundo, del mundo y de la librería. La vida comenzaba a que la vida de la vida llegó por el libro que era don Arturo (Aleman), y buscando la comedia, el cuento y el propósito de tomar fin. Allí mismo, rodeados una lista de colaboradores, y al libro, empalmeado, quedó nuestro trabajo creativo.

En 1912 la fe se agotaba las mentes y la vida escrita, especialmente a nuestros escritores. Manuel Maculón, Moreno se había ido de la ciudad de guerra, Armando Lencina de la ciudad de guerra, y Víctor Silva de la ciudad de guerra. En este momento, muchos escritores de Valparaíso y otros los cuales más destacados escritores, en los cuales y venían. Muchos libros llevaban los escritores de un viaje al sur, las ciudades que Santiván, a pesar de su edad por la zona, tuvo varias veces. De todo uno de sus libros, leísteis varios que cada día con una letra nueva que no podía.

—¿Qué le parece? —le pregunté.

Santiván:

—Total.

Ya no iba al. Pero aunque sé que nuestro territorio es grande, creo que Mariano Latorre, el cual, en los libros, se pasó a la Argentina. Había unos cuantos enormes con la historia de la vida, en los cuales se pasaban muchos libros de la Patagonia. Entonces Santiván, con el libro, preguntó:

—¿Las películas publican como folletín?

Latorre, un poco melancólico, respondió: No, he leído pensado que habría folletín la revista, y cuando Santiván había de folletín, todos los escritores me lo.

—¿Folletín? ¿Para qué? ¿Folletín? Nació un folletín en una revista. Eso está bien para los documentos de la literatura del 91, que publica Blanchard Clavel en 1976.

—Es que Latorre —escrito Santiván— me ha traído unas impresiones de un viaje.

—Ah, ya.

—Sí, sí... muy bien.

En cuanto se supo de las impresiones de Latorre, todos aceptaron el folletín.

Dibujante sería Cristóbal Fernández. Ya muy pocos recordan a ese hombre, andaluz, valenciano y ruso, que dibujaba muy bien, con una práctica elegante. Era muy joven. Para poder leer que se lea como un libro. Cuando fuimos a Santiván a buscarlo, lo encontramos en una oficina librería de la calle Bandera. Allí pintaba libros para esas certificaciones. Trabajo duro que se hacía con mayor fuerza, pero aceptó ser el dibujante de Pluma y Lápiz.

Santiván quiso que la revista se llamara "Pluma y Lápiz", en recuerdo de aquel cuaderno escolar que en los últimos años del siglo pasado editó Manuel Cabrera Guerra. En aquella revista escribieron Víctor Domingo Silva, Carlos Poma Véliz, Joaquín Díaz García, Pedro Gil y Antonio Borge Salas. Nuestra revista sería como la continuación de aquella.

Entonces, en la calle de Santiago Francisco Contreras, poeta chileno y redactor de la Sección Literaria Hispanoamericana del "Mercurio de Francia", acababa de llegar de París y era muy difícil hablar con él. Contemplaba la vida chilena con



PLUMA Y LAPIZ

Por Daniel DE LA VEGA

un día que llegaba a ser ofensivo. A veces algunos muchachos sentían deseos de matarlo, pero Contreras los decía:

—Cuando ustedes publiquen una carta, les dedicaré algunas líneas en el "Mercurio de Francia".

Entonces los muchachos se regañaban.

Contreras no reconocía méritos de nadie, y sólo en sus fragmentos de libros ofrecía líneas en el "Mercurio de Francia". Una vez Martín Pizarro le dijo que en libro "Los Modos" era formidable y él le prometió diez líneas. Pero después Contreras lo sorprendió haciendo un chiste sobre sus bigotes y las diez líneas se las rebajó a cuatro. Martín quiso pelear, y él lo amestazó con palabras sólo una línea. Y Martín se fue con calma.

Francisco Contreras era un hombre pequeño, bajo, amarillo y amargo. Tuvo una vez un hijo y un hijo de su hijo que nació en la por qué todo darle la mano, imposible decir que él tenía los dedos a ese hombre, pues en el segundo hijo se le atragaba la mano entera. Algunos, muy hábiles, legraban tomarle tres dedos, pero yo no llegué nunca más que hasta dos. Hasta unos cuantos muy altos y unos bigotes con unas pocas agullas. Había de los escritores españoles con una familiaridad exagerada.

—Ese chico Donavente —ese chico Marquina me han pedido unas líneas en el Mercurio de Francia.

Una tarde, Contreras y Santiván tuvieron una discusión agria. Contreras y se dijeron algunas atrocidades. En la trifulca, Contreras usó palabras francesas, y Santiván avanzó amenazante hacia Contreras.

Santiván era alto, fuerte, clásico, capaz de desfogar de una botella a toda una generación de poetas jóvenes. Yo tuve la seguridad de que Contreras salía por la ventana. Pero Santiván no lo dejó. Le dijo, desafiante:

—No me publicará usted una sola línea en el Mercurio de Francia.

Contreras se marchó de Chile.

La revista de la fundación de "Pluma y Lápiz" circuló poco, y aún no tenemos oficina. Los recuerdos más importantes los tenemos en la calle. Debíamos tener una oficina. Y una oficina, con Santiván empezamos a buscar. No era fácil. A veces el edificio de un edificio nos hacía cruzar dos patios, un pasillo, trepar por una escalera, seguir por dos corredores, bajar, pasar

por otro patio, y al fin nos mostraba una pieza, una oficina.

—No —decía Santiván—, éste es un laboratorio. Aquí se nos giran los novelistas por semana.

El edificio sólo nos había interesado para decir que nos parecíamos con el edificio de la oficina, y nosotros necesitábamos una sala en la cual podríamos acomodar el laberinto de dibujo de Cristóbal Fernández, una mesa para Santiván y una mesa para mí. Además debíamos tener algunos de los escritores que nos visitaban.

En varias oficinas que vimos, cubren el laberinto, los dos meses, pero sólo quedaba espacio para que entraran dos personas.

—Tres personas son pocos —decía Santiván.

Muñoz Escobar nos trajo la noticia de que en la calle San Antonio había una oficina amplia, con bastante luz y ventilación. Pero nos acordamos el dueño de la casa. Era un caballero francés, capataz, que hablaba con gran entusiasmo. La oficina era muy buena. Tenía unos ventanales por los cuales entraban rayos de sol. Todo quedó convenido. Así de que nos retirábamos, el caballero nos preguntó:

—¿Para qué quieren ustedes esta oficina?

Para una revista literaria —respondió Santiván.

—¿Qué ha dicho usted?

Santiván creyó que no le había sido bien, y le repitió con claridad:

—Para una revista literaria.

—No.

Y con la más viva indignación, empezó a poseerse, jadeante, por la oficina. A ratos se desahogaba frente a nosotros y nos miraba con ferocidad.

—¿Conque revista literaria, no?

Y volvió a sus tempestuosas poses.

—Pagamos adelantado —le advirtió Santiván.

—¿Adelantado, no?

—No me marchen porque no había otra cosa que hacer. El señor se quedó de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón, con los hombros hundidos, y repitiendo:

—¡Revisión literaria!

Por fin encontramos una oficina en la calle Morandé, frente al Senado. Era grande y clara.

Pero para llegar hasta ella había que atravesar un pasillo completamente oscuro, que parecía que no terminaba jamás. En un túnel de diez metros, a la sala los visitantes llegaban con cara de sorpresa. En ese túnel desaparecían para siempre varias personas modernas.

Pluma y lápiz [artículo] Daniel de la Vega

Libros y documentos

AUTORÍA

Vega, Daniel de la, 1892-1971

FECHA DE PUBLICACIÓN

1962

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pluma y lápiz [artículo] Daniel de la Vega. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile